

Voy por las palabras como si tallara los  
músculos en las esquinas.

Pedro Serrano

Turba significa, entre otras acepciones, combustible fósil que al arder produce humo denso.

Las palabras, los nombres que les damos a los enseres, a la naturaleza y a nosotros mismos, también pueden ser combustible fósil, que al decirlas o escribirlas, produzcan densidad, conciencia.

El acto de escribir es desnudarse interiormente, mirarse hacia dentro, delatarse. La palabra en sí no viste la psiquis, la desnuda, la expone.

*Turba*, de Pedro Serrano, es una colección de poemas que nos invita, nos conduce, al encuentro de emociones contrariadas, a punto de erosionar.

Si bien, en sus dos primeros libros: *El miedo* e *Ignorancia*, Pedro Serrano se presentaba como un escultor de la palabra, la cincelaba de tal modo despojándola de cualquier sentimentalismo a primera lectura, conformando versos que el lector debía escudriñar, deshojar y embestir, para encontrarse con la emoción velada; ahora, en *Turba*, continúa con en el mismo procedimiento de cincelar, tallar, esculpir al lenguaje, pero puliéndolo, sacándole brillo, hasta dejar al verso como si éste fuera un espejo donde la emoción habitara en espera de ser reflejo: “Sigo insoluble como quien no quiere la cosa”. (p. 29)

Cada poema que integra este libro es una geografía en la que confluyen enseres, herramientas, que podrían hacer más llevadera cualquier rutina, así como la naturaleza, incluso el cuerpo, donde, supuestamente, la voz poética se desenvolvería sin tropiezo alguno. Sin embargo, el encuentro de la voz poética con esos enseres y con esa naturaleza no resulta un festín, sino un enfrentamiento, una toma de conciencia, sobre su entorno; sobre el desgaste de los objetos, de la naturaleza, de su mismo cuerpo; y, principalmente, una toma de conciencia del deterioro de las palabras tantas veces dichas, tantas veces escritas, ante todo, las que invocan a la emoción, al desgarramiento visceral.

Pierdo el sonido de la voz.  
Paso la mano por mi cuerpo, fluyo  
hacia una lejanía de desierto,  
un mar seco y vacío,  
una calcinada errancia.  
Pierdo la llave de las cosas, su relación.  
Ando sin paz ni alma por el día. (p. 8)

Cabe mencionar que el cuerpo es uno de los ejes centrales de este poemario, sin él la voz poética no podría sustentarse, asumirse. Pero es necesario que ese cuerpo se encuentre roto, desfondado, adolorido y, por lo tanto, sea

capaz de asomarse al vacío, sobre todo,  
de observarse mutilado en él. No existe  
mejor vestigio del cual hablar.

Desacontecido, quebrado por el aire  
irrespirable,  
verde oscuro en el malestar devastado,  
en la incompreensión dolorosa y la as-  
fixia,  
en el ruido de piedras trasegadas.  
Vejado de arriba abajo, furioso, débil,  
ando con las piedras al tacto sin garras,  
rotas las uñas,  
dando tumbos de aquí y allá, cansadí-  
simo,  
parado en el malestar que no me suelta,  
roto en la aguja de mi miedo. (p. 18)

A partir de está contemplación, el poeta se enfrenta una vez más a la palabra, a esa herramienta que lo somete sin miramientos, que lo sitúa en la encrucijada del ser o no ser; que lo coloca ante la posibilidad de elección entre la escritura de la palabra desgastada, carente de significado, por ende, de emotividad, o la escritura de esa misma palabra, pero explorándola, escudriñándola, reafir-mándola.

Un cepillo de dientes, una pluma,  
el lado incauto de mi pie,  
torcido en una hamaca de dolor,  
la pena ciega, fantasmal, certera.  
En la mesa en que escribo, a torpes sorbos,  
sin redondel, sin visa, sin permiso,  
hurgo entre la costumbre de los ritmos  
las mismas fresas, la saliva.  
Busco en el quiebre el hueco,  
unas palabras frescas como llanto,  
que me dejen estar, que me acompañen,  
y vayan otra vez al mundo, lo hagan,  
le hagan decir sonrisa y aquí vivo,  
no que se atoren y atormenten mudas.  
(p. 31)

*Turba* es, en sí, la exposición del que-  
hacer poético. El relato del proceso de  
este quehacer el cual no puede existir  
sin que el poeta se cuestione a sí mismo:

¿Qué me pasa, quién soy cuando me  
paro y me  
Huelo y me contamina?  
¿Quién es esa figura que se contrae, se  
ladea,  
quiere escapar y no ve dónde?  
Fumo y deshago cigarros y pulmones y  
tiempo. (p. 16)

Es un mirarse hacia dentro, partirse  
en dos y hurgar en las entrañas la imposi-  
bilidad de impedir el deterioro, el mie-  
do de perecer asfixiado por su propio  
combustible: ciudades, ruinas, enseres,  
él mismo; es decir, la historia que ha ido  
construyendo.

Haber ido dejando ciudades, puertos,  
vestigios esparcidos como ruina espan-  
tada,  
como una piel a medio curtir, como  
resto de vida,  
adustos olivos a punto del ahogo y em-  
polvados.  
¿Qué lleva a no poder abrir los brazos  
hasta crecer en una arbolada forma-  
ción entrañable?  
¿Qué lleva a esta inadecuación calci-  
nada?  
Como si abrir las manos fuera tocar a  
Dios, y recogerse. Como si se pudiera.  
(p. 9)

El poeta sabe que le resulta imposi-  
ble excluirse de la escritura. Conoce el  
sinsentido que poseen los objetos, la  
naturaleza, las arquitecturas, sin su  
mirada, sin que se involucre con ellos.

No hay  
posesión  
sobre las cosas.  
La hilera  
de este mundo  
se deslíe.  
El fresno pierde  
sus hojas  
de arriba abajo.  
En las puertas  
quedan astillas  
mientras la fronda  
se contrae.  
Se borran  
las sombras.  
Todo pasa  
por las manos  
como guasa.  
El mundo  
se desconoce  
y se deforma. (p. 5)

Esta aceptación de que el mundo, por tanto el lenguaje, se encuentra ahí en espera de ser reconocido y, por ende, reconstruido, conduce al poeta a la creación, a la búsqueda de decir las mismas palabras bajo un nuevo cariz, el cual lo conseguirá a través de la memoria.

Todo se apeloniza como leche cuajada,  
como vómito amargo que aventara  
pedazos de intestino, semillas, bilis,  
lo que se pudo tragar, lo que no.  
En la plancha de vidrio quedan los  
restos,  
en la charola de aluminio lo inventariado,  
en la piel la ceniza y la electricidad  
muerta.  
Todo lo pasado se mueve ahora como un  
agua turbia,  
y que otros beben río abajo, desaperci-  
bidos,  
todo lo pasado se queda aquí, regur-  
gitando. (p. 6)

Pedro Serrano, consciente de que debe recurrir a la memoria para que las palabras erosionen y signifiquen, expone el momento en el que se han desmoronado la cotidianidad, las emociones y el cuerpo que las ampara. De esta manera, convierte a la memoria en combustible, por ende, aliento, para que surja el verso.

Focos, focos, focos,  
tutelares miradas de la vida, aspavien-  
tos,  
secas fulguraciones compulsivas,  
remolinos de luz, hirientes, normativos,  
manantiales de líneas y segmentos,  
paradero soy yo del sol naciente. (p. 53)

Esta colección de poemas corporiza la reconciliación del poeta consigo mismo, con su entorno, con la escritura; por tanto, es la búsqueda del porvenir en pos del devenir. Es decir, el poeta asume su destino: provocar acontecimientos, profundizarlos, encausarlos, en el momento de la escritura misma.

Aprender a estar.  
Ser en el desconsuelo y consolarse.  
Elevar la plegaria al ser y al norte.  
No escribir para que si sucede algo,  
para que sí, que pase.  
Aprender a escribir de nueva cuenta.  
¿Cómo se le hace?  
Dejar que vayan cayendo las cuentas,  
las gotas,  
armar un trazo y un árbol,  
levantarse.  
Y aparecer entonces tierras y campos y  
plazas.  
No para las esperanzas de mañana,  
no para ayer,  
sino en un hoy que está  
aquí conmigo. (p. 46)

*Turba* es el discurrir de la densidad a la claridad, del agobio al sosiego, del no ser al ser. Simplemente, es el discurrir de la creación en pos del lenguaje.

María García Velasco